

Permítanme que en primer lugar dé las gracias a todos los miembros de la Universidad de Málaga por la distinción que hoy me conceden. Y que muy especialmente lo haga al Departamento de Filología Española, de donde partió la iniciativa. Y, cómo no, al profesor y querido amigo Hipólito Esteban Soler, por sus generosas palabras y por toda su atención y por el esfuerzo que ha dedicado a que este honor llegue a buen puerto.

Escribir es volver a casa. Escribir es un largo camino para llegar al punto de partida. Al origen. Una odisea humilde, más parecida a la del Leopold Bloom de James Joyce que a la de Ulises, pero que igualmente está regida por lo incierto, lo azaroso, y, sobre todo, por el espíritu de búsqueda. Uno necesita volver a esa casa primera enriquecido por el viaje, transformado, cargado de experiencias que den sentido a lo que antes permanecía desajustado y sin explicación. Para que los rincones en penumbra queden alumbrados y para que lo que no fue dicho se pronuncie. Para entender quiénes éramos en el punto de partida, y quiénes somos en el regreso. La escritura, por tanto, es comprensión, revelación, luz. Conocimiento.

Hoy vengo a este templo del conocimiento que es la Universidad lleno de gratitud. No sólo porque ustedes hayan estimado que mi recorrido personal, ese viaje, no haya sido descabellado y consideren que ha dado unos determinados frutos, eso lo agradezco desde un punto de vista íntimo, personal. Pero sobre todo agradezco profundamente que consideren que esa aventura, la de escribir, la de la invención de universos paralelos, merece ser acogida en este santuario, cuidada y dignificada. La tribu, esta tribu de los escritores, a veces convulsa, a veces incómoda y perturbadora, pero siempre valiente, lo agradece.

Les puedo asegurar que cuando me encerraba en una habitación que recuerdo iluminada por una luz amarillenta a leer los libros de Emilio Salgari no podía imaginar que ese camino me conduciría hasta aquí. Era un niño que buscaba amparo. Buscaba, sí, la evasión, el divertimento, me sentía fascinado por unas peripecias que sucedían en lugares lejanos y en otro tiempo. Pero también había mucho de huida en aquellas lecturas. Lo he dicho, evasión. No buscaba aventuras, buscaba certezas. Evasión de unos miedos quizás prematuros, de inseguridades y presagios dudosos, una huida hacia ámbitos preservados, los que contenían las paredes infranqueables de

una historia cerrada, de un libro. Un apartamiento de la realidad y sus aristas. O eso creía entonces.

Desde siempre había sentido un profundo extrañamiento hacia la realidad. Una profunda falta de entendimiento que luego supe no eran sino unas elementales preguntas filosóficas. Quién soy, qué es el mundo, qué es la vida. Desde dónde he llegado a este lugar desconocido en el que sin embargo los demás parecen desenvolverse con absoluta naturalidad y seguridad. A los demás les habían comunicado el origen, la razón y el destino de la existencia. Ellos lo habían asimilado, habían dejado atrás todos los interrogantes y se dedicaban a lo suyo, como si nada pasara. A mí, por algún extraño motivo, me habían dejado al margen de esa explicación.

Esa sensación está instalada en mi memoria como uno de los primeros recuerdos, como una de mis primeras y más sólidas impresiones. La distancia, que entonces pensaba insalvable, con mi entorno inmediato. La incompreensión, y por tanto la alerta. Lo inexplicable, y por tanto las preguntas. La curiosidad, y por tanto la búsqueda. En eso podría resumir mi mundo primero. Y creo que ahí se encuentra la raíz de mi vocación, el motivo original por el cual hoy me encuentro aquí. Los libros nacen de la falta de armonía con lo que nos rodea. De las preguntas y la zozobra. Los libros aspiran a corregir ese desequilibrio íntimo, esa falla interna que nos hace disconformes, rebeldes.

Muy pronto, además, me enfrenté con la muerte. Y puede que ese hecho potenciara aún más todas aquellas incertidumbres, todo aquel desasosiego. Mi padre murió cuando yo todavía era un niño. Les aseguro que el mundo se hizo aún más extraño. Aprendí, además, que las emociones tenían un doble filo, como hojas de afeitar. Que una ausencia desata una cadena de desastres sordos, que una ausencia puede llevar la espoleta del rencor, el rencor la del remordimiento, la del remordimiento la de la compasión y la de la compasión la de un dolor renacido. Ante eso, mejor el dolor ajeno, el de papel, los libros, ese aparente limbo en el que guarecerse a la espera de que por algún lugar amanezca o se haga, de verdad y definitivamente, la noche.

Mucho tiempo después leí algo relacionado con todo esto, una frase de Richard Ford que me dio algo que pensar y que dice así: "Quizá el destino de los chicos cuyos padres mueren jóvenes consista en no ser nunca jóvenes oficialmente, de forma que la juventud se convierta en

una especie de sueño [...] antes de empezar la vida real.” Sea cierto o no lo que Ford escribió, la verdad, y por ese motivo me estoy permitiendo hablar de ese territorio íntimo, es que el enfrentamiento prematuro con el drama marca una frontera, y que, como ocurrió en mi caso, cuando esa linde ya existe previamente, la frontera se hace más severa y requiere de puentes muy firmes para circular con normalidad por el mundo exterior.

    Mi puente fueron los libros.

    Con el tiempo sabría que a medida que uno lee, ese puente también se construye en sentido inverso y que, paralelamente, mientras me aproximaba a los demás, estaba construyendo un sutil andamiaje que me acercaba cada vez más a mí mismo. Comprendí que la lectura no era una evasión, como antes decía, sino que realmente es una inmersión. Una vía de conocimiento no sólo de los demás, sino de uno mismo y del mundo mínimo pero inabarcable que nos rodea. Una recomposición lógica del ser humano, del individuo en medio de la sociedad.

    Me recuerdo acariciando el lomo de los libros que había en mi casa, sintiendo el deseo vivo de ser lo suficientemente mayor como para leerlos con el raciocinio suficiente y comprender lo que encerraban. Y cuando lo hice, cuando poco a poco fui leyendo esos y otros volúmenes en un proceso de depuración desordenado y puramente intuitivo, me parecía un portento, un auténtico prodigio poder acceder al pensamiento de algunas de las mentes más lúcidas de la historia de la humanidad mediante el simple hecho de extender la mano y abrir las páginas de un libro.

    Ante mí operaba el milagro. Ahí estaba Cervantes, ahí estaban Tolstoi, o Proust, o Camus, o Kafka. Ahí estaba abierto en canal el siglo XVII español, el florecimiento de la burguesía francesa, la Rusia imperial y miserable, un pied-noir más extranjero que yo mismo o un checo de aparente normalidad que al cerrar los ojos se movía por los verdaderos límites del ser humano, allí donde la cotidianeidad se confunde con unos abismos mucho más reales que la luz del sol. Y sobre todo, allí estaban todos aquellos personajes que representaban un conocimiento profundo de la naturaleza humana.

    Siguiendo muy de lejos la estela de Kant, quien consideraba como algo consustancial con el sentido común “pensar poniéndose en el lugar de los demás”, comencé a tratarme con un gran número de individuos de toda clase y especie. Me perdonarán las citas, la mención de autores, pero tómenlo como un homenaje al colectivo de la literatura, a ese conjunto poliédrico,

inabarcable, de todos aquellos que han dedicado su vida a la creación o al estudio de esa historia paralela de la humanidad que es la literatura. Bien, pues citando a Tzvetan Todorov diré que “conocer a nuevos personajes es igual que conocer a nuevas personas, con la diferencia de que de entrada podemos descubrirlas desde dentro.”

En definitiva, supe que no estaba solo. Y aquella sensación de llevar una doble vida que tuve en mis primeros años de lector, cuando me sentía una especie de doctor Jekyll y mister Hyde que se transformaba al entrar o salir de mi casa, quedó desbaratada. El hecho de ir de los libros a la calle, de la quietud de la lectura a la violencia y de la contemplación a las perturbaciones que acarrearán las primeras amistades y enemistades, no significaba un dilema ni menos aún me ponía en la disyuntiva de elegir entre dos opciones aparentemente contradictorias: leer o vivir.

“Las lecturas y la experiencia de la vida no son dos universos, sino uno”, nos dice Italo Calvino.

Y todavía una cita más al respecto, la que Gustave Flaubert dejó escrita y que, como una sentencia terminante, habría que grabar en piedra: “No hay que leer como los niños, para divertirse, ni como los ambiciosos, para instruirse, hay que leer para vivir”.

Ahí, en ese largo camino, en ese goteo incesante de libros y palabras, de personajes ajenos que cada vez pertenecían más estrechamente a mi propia existencia, se fue fraguando mi identidad personal, y desde luego mi identidad como escritor. Aunque entonces esto último no lo supiera.

Porque debo aclarar que todas aquellas lecturas no estaban alimentadas por la creencia o el proyecto, ni remoto ni de ningún otro tipo, de que algún día yo me convertiría en escritor. La lectura era suficiente en sí misma. Y la distancia que separaba al lector del escritor me parecía tan insondable como la que me separaba del planeta Marte. Ni siquiera me atrevía a acariciar ese sueño.

Aunque también es cierto que a medida que pasaban los años cada vez leía con más intensidad, y que comencé a explorar una vía de aproximación a la literatura que de un modo cotidiano me uniese a ella, cualquier actividad que estuviese relacionada con los libros. Pero más allá de ese deseo impreciso, lo cierto es que mi vida, mis estudios, incluso la mayor parte de mis amigos, parecían llevar un rumbo muy alejado de ese nebuloso paraíso. Ni profesor, ni aprendiz

de editor –estábamos en la Málaga de los años setenta, un páramo cultural- ni bibliotecario. El único camino que podía vislumbrar era el más directo, el que iba al corazón de la literatura. Escritor.

Y di un primer paso. Súbitamente. En un impulso no premeditado, llevado por un flujo verbal que parecía más dueño de mí que yo de él, escribí tres o cuatro folios. Las primeras páginas de un relato que completé en los días siguientes y que básicamente contaba la historia de un chico que, a través de la literatura y el arte, encontraba una forma de rebeldía, de contestación al mundo plano y cerrado de su familia. Algo bastante ingenuo pero que a pesar de su candidez tenía una clara vocación de estilo. Había tratado de manipular las frases y de elegir las palabras adecuadas para crear un ritmo, una cadencia expresiva que yo entonces –y en parte todavía- asociaba a una pauta matemática.

Recuerdo la primera lectura, bastante tiempo atrás, en la que había descubierto la importancia del lenguaje, eso que llamamos el estilo. Curiosamente se trataba de una obra traducida. Era *Bendición de la tierra*, de Knut Hamsun, un escritor que me impresionó profundamente. Y mediante el cual también aprendí que la altura moral y la literaria no van parejas. En su día había creído que sí, que el hecho de ser un gran escritor suponía inevitablemente ser alguien con un elevado código moral. Pero allí estaba Hamsun, antisemita y defensor del nazismo, para hacerme ver que eso no siempre era así, por más que yo continuase pensando que ese emparejamiento, esa responsabilidad cívica entre lo artístico y la moral, tendría que ser un deber o al menos un propósito por parte del escritor. Algo que desde luego tiene que estar en un primer plano cuando uno escribe en la prensa diaria –mi otra actividad más continuada a lo largo del tiempo- y está obligado en conciencia a asumir un estricto código ético.

En cualquier caso, como les decía, en aquel viejo libro de Hamsun descubrí la voluntad de que las palabras tuvieran una significación en sí mismas, de rescatarlas del río del lenguaje como si fuesen pepitas de oro y alejarlas de la erosión y el tráfago cotidianos. Eso que Robert Louis Stevenson llamó el primer mérito de un escritor. “El primer mérito que nos atrae desde las páginas de un buen escritor –decía Stevenson- es la elección correcta y el contraste idóneo de las palabras empleadas. Esa extraña aptitud para coger todos esos bloques toscos, concebidos para las transacciones del mercado o de la cantina, y, con sólo ponerlos en la posición adecuada,

dotarlos de los significados y matices más precisos, restablecer su energía primigenia [...] y convertirlos en un tambor que despierte pasiones.”

Aquel primer relato mío recibió un premio literario en el País Vasco. Evidentemente aquello no me convirtió en escritor. Sólo vislumbré esa lejana posibilidad. No sé si tendría que haber comenzado a escribir entonces con continuidad, a sostener sobre el papel un aprendizaje cotidiano, cuerpo a cuerpo con la escritura. Pero lo que ocurrió fue casi lo contrario. Vino un periodo largo de contención, de prudencia, en el que a lo largo de cuatro o cinco años escribí aproximadamente ese mismo número de relatos. De tal modo que la evolución lógica que debería haber realizado escribiendo la llevé a cabo muy espaciadamente, aunque sin perder nunca de vista la posibilidad de escribir de verdad, de entregarme de lleno a eso que hasta entonces sólo era un sondeo.

Yo diría que más que la prudencia, lo que me acompañaba era la inseguridad. Y no piensen que lo digo como una flaqueza. La inseguridad fue y sigue siendo mi mejor aliada. La inseguridad es una garantía. Una forma de estar alerta y de no caer en la idea rotundamente falsa de que uno conoce las claves ocultas de este oficio. Intento aprender. Y no voy a aprender nunca. Esa es la realidad. Y ese es el reto.

Norman Mailer decía que los buenos novelistas son una especie delicada, ya que están obligados a ser valientes por un lado y prudentes por el otro, gente sensible que tiene que desarrollar la voluntad, la resistencia, la determinación y también la insensibilidad para enfrentarse a las aristas del oficio y al choque con la crítica y otras hostilidades exteriores. Decía literalmente Mailer: “Un buen escritor hace bien en verse a sí mismo como una persona fuerte, débil, llena de valiente timidez, sensible e insensible. Tenemos que aprender cómo vivir en el mundo con sus sacudidas y caídas, y de vez en cuando asombrosas recompensas mientras protegemos el núcleo de lo que una vez parecía una sensibilidad terriblemente perecedera”.

Cada libro, cada relato, es un nuevo laberinto, con caminos nuevos, y si pensamos que las señales que nos guiaron la vez anterior sirven para este nuevo dédalo estaremos absolutamente perdidos. Condenados a no encontrar la salida o, lo que tal vez sea peor, a repetirnos, a convertir la aventura vital de escribir en un trabajo administrativo.

No hay orden. No hay reglas fijas. Sólo caos. El caos es el estado natural del escritor, de cualquier creador. Si todo estuviese ordenado, si existieran reglas, indicaciones, señales, cuál sería entonces la misión del escritor. Para qué andar palpando a ciegas si existe un interruptor y en el techo tenemos una luz que todo lo alumbra. No. Las novelas no se escriben con razones sino con obsesiones, las novelas no se escriben con andaderas sino sobre el vacío.

“Cuanta más oscuridad seas capaz de descubrir, mayor será la luz que puedas ver”, asegura David Lynch, uno de los creadores vivos que considero más interesantes.

No creo que el novelista deba conformarse simplemente con contar historias. Es decir, escribir o leer de aquel modo que desaconsejaba Flaubert, como hacen los niños, para divertir, para distraerse. Creo que la misión del novelista es conquistar parcelas no enunciadas anteriormente. No importa si fracasamos en el empeño, pero ese es el desafío. La historia de la literatura es la historia del sueño del hombre. Los argumentos que el novelista inventa no son sino un pretexto para poder expresar algo mucho más profundo. Estamos obligados a construir un puente o un pasadizo o un túnel subterráneo que nos lleve de lo visible a lo invisible.

“Un verdadero libro siempre indica algún camino nuevo que conduce más allá de sí mismo”, escribió en *Una soledad demasiado ruidosa* Bohumil Hrabal.

Comencé a aprender algo de esto cuando escribí mi primera novela. Para mí fue un tiempo decisivo. Se trataba de una novela breve pero que significó la asunción de una actitud. Fue un tiempo complicado, exigente, en el que la inestabilidad y la precariedad eran palpables, pero en el que también se produjo el asentamiento de unos determinados conceptos. Tal vez tuviese una idea equivocada, pero escribía con la determinación y el cuidado de quien sabe que su futuro está en el aire. Aquello era de todo menos un juego ni un tanteo, ni una apuesta menor. Menor podía ser el resultado, el valor literario de lo que estaba escribiendo, pero no mi esfuerzo, ni mi voluntad ni mi determinación.

Siempre supe que la literatura era más que una profesión. Era una forma de vida. Una forma de subir a ese tren en el que todos parecían tener un asiento reservado desde antes de venir al mundo. Escribía muy lentamente. Con mi inseguridad a modo de brújula. Y a la vez con una certeza latiendo en alguna parte de mí. A cada línea, a cada palabra ahondaba más en mí mismo, el texto era yo y yo era el texto. Para quienes me rodeaban en aquel momento podría

parecer que me apartaba de todo, cuando lo que realmente estaba haciendo era conectarme con una verdad absoluta, precisa. Estaba construyendo una pasarela para integrarme en la realidad. Comenzaba a reconciliarme con el mundo, comenzaba el largo camino a casa, a dar los primeros pasos en esa dirección. Comenzaba el viaje. Eso es lo que estaba haciendo.

Confiaba en que allí pudiera estar encerrado mi futuro. Pero también estaba el germen literario, la base de unos espacios imaginarios que después se desarrollarían. Mi visión del mundo y, aunque incompleta y germinal, la esencia de mis coordenadas literarias.

En ese sentido, Italo Calvino, hablando de *El sendero de los nidos de araña*, su primera novela, escribió cuando ya era un creador maduro: “Tal vez, en el fondo, el primer libro es el único que cuenta, tal vez habría que escribir ése y nada más, el gran tirón lo das sólo en ese momento, la ocasión de expresarte se presenta sólo una vez, el mundo que llevas dentro lo desatas esa vez o nunca más. [...] Pasado ese momento, te hayas expresado o no [...] la suerte está echada”.

El acto de escribir ficción es una combinación de elementos. Una actividad que se compone no sólo de distintas fases, sino de distintos trabajos que confluyen en un mismo esfuerzo pero que a veces uno diría tienen naturalezas diferentes. Imaginar, elegir qué es susceptible de ser convertido en literatura y qué no, optar por dónde se pone el foco. Como un fotógrafo que tiene ante sí el mundo y debe seleccionar dónde está la fotografía, dónde está lo verdaderamente interesante en medio de ese magma que nos desborda. Dónde ponemos la mirada. Ese acto define a un escritor. No sólo ya el tratamiento al que vamos a someter la parcela elegida sino la parcela misma que hemos elegido.

Joseph Brodsky lo dejó claro: “La realidad no vale nada. Es la percepción lo que le da significado”. Ahí es donde comienza y finaliza el trabajo del escritor. Organizar, estructurar, medir, ponderar. Y luego el acto de escribir, que no es más que una condensación de todo lo anterior, la traducción al código cerrado del lenguaje de todas esas ensoñaciones, imágenes, emociones e ideas que previamente y durante el propio acto de escribir aparecen por nuestra mente. Ideas y sensaciones largamente procesadas combinadas con otras que cruzan de modo fugaz por nuestro cerebro. Ser un buen escritor supone una habilidad especial para atrapar, modular y traducir toda esa actividad y hacerlo del modo más preciso posible. Con un código propio, personal. “El estilo – escribió Marcel Proust- no es una cuestión de técnica, sino de visión”.

Ese era el camino. Seguramente de un modo más simbólico de lo que estaría luego, en aquella primera novela quedaba retratada la naturaleza de los personajes que después me han acompañado a lo largo de estos treinta años. Débiles, olvidados, postergados, gente que se desenvuelve en las orillas de la sociedad y que dudosamente anda cruzando a un lado y a otro sus fronteras. Siempre intentando seguir aquel mandamiento que Boris Pasternak expresaba en su novela: “No suelo querer a los que siempre han tenido razón, a los que no han caído jamás ni nunca se torcieron. La suya es una virtud apagada, de escaso valor. A ellos no se les revela la belleza de la vida”, o a Albert Camus cuando, en *La peste*, pone en boca del doctor Rieux: “Me siento más solidario con los vencidos que con los santos”.

Hay un término que considero absolutamente indispensable en un novelista. La compasión. Con los personajes, con el mundo, porque esa es la única vía de conocimiento de los demás, el único sendero válido en el pupular de un creador o recreador de vidas ajenas.

Cuando a veces se me ha preguntado por qué conozco tan bien a los débiles la respuesta ha sido muy fácil. Fui, soy uno de ellos. Saberlo me dio las herramientas necesarias para dejar constancia de los mundos que conocí y que quizás no son la materia habitual de las novelas actuales. Además de perseguir un anhelo estético me ha llevado el impulso de actuar como notario, el afán de rescatar del olvido a los que de otro modo no serían recordados. Los débiles también tienen derecho a la memoria. “Todo lo que perdí me pertenece”, dice un verso de un poeta que admiro profundamente, Juan Manuel Villalba. Bajo ese lema escribí toda una novela y yo diría que buena parte de mi trabajo.

La memoria ha sido uno de los ejes de todo lo que he escrito. El novelista utiliza siempre la memoria. No sólo eso, sino que emplea varios y muy diferentes tipos de memoria. Podría extenderme bastante sobre esta cuestión. No voy a hacerlo, pero en cualquier caso yo diría que mis libros son una suma de memoria e imaginación. Una suma de lo que ya no existe y de lo que nunca existirá físicamente pero que por medio de la ficción pasa a formar parte de la realidad. La memoria es algo vivo, dinámico, siempre dispuesta a cubrir los espacios vacíos, como un líquido espeso, el mercurio, que se filtra por todas las grietas y acaba por convertir esos huecos en una ilusión. Estamos llenos de espejismos. “Quien recuerda miente”, afirma Caballero Bonald. “Tanto recuerdas, tanto vales”: Marsé. “Con memoria no hay soledad, ni exilio”: Juan Cruz.

Todas ellas son definiciones válidas y reales. Contradictorias en parte, como la propia memoria. Esa ambivalencia es un terreno fértil para el novelista, que destroza, fragmenta, selecciona y manipula los recuerdos no para reproducir el mundo que fue sino para crear uno nuevo que tiene la ambición de ser inmortal o al menos de tener una vida más larga y también más real que el que se desvaneció y que de un modo indirecto ansiamos fijar en un presente prolongado, como aquellas cenizas de los amantes de Thomas Wolfe que durarán más que el polvo de las ciudades.

Y naturalmente, si hablamos de memoria -para ya acabar- hablamos de autobiografía. Tengo el convencimiento de que todas las ficciones que abordamos están contaminadas de autobiografía, lo mismo que en los libros de memorias aflora lo imaginado. De modo voluntario e involuntario. Y no hablo ya de anécdotas o episodios concretos que puedan remitirnos a un pasado real, histórico, sino de la impronta personal, de una visión del mundo y una experiencia que acabamos transmitiendo a los personajes que creamos. El novelista es un trabajador de lo subjetivo. En ese sentido quizás haya que recordar la correspondencia entre Georges Sand y Flaubert. Ante la pretendida asepsia del segundo en busca de una perfección absoluta, casi mineral, Sand conminaba a su amigo a que se mostrase en aquello que escribía, a que no se ocultara detrás de un falso parapeto. Llegado un momento de cierta tensión, Sand le dice a Flaubert que “la verdadera pintura está llena del alma que impulsa el pincel”, y que todo lo demás es falso.

De modo que, sí, madame Bovary acaba siendo Flaubert, del mismo modo que cada novelista está retratado en aquello que escribe. Y no sólo eso. Lo que escribimos, nos escribe. Literalmente. Al mismo tiempo que escribimos la biografía de unos personajes imaginarios ellos van trazando la nuestra. A medida que yo escribía las vidas de mis personajes ellos estaban escribiendo la mía. Su suerte era la mía, Miguelito, bailarinas, apóstoles, asesinos, Sintora, gente sin nombre que aparecía en mitad de la noche y que me ha hecho viajar por medio mundo, indicándome el camino a casa y trayendo a mi vida algunas de mis personas más queridas. Ellos han ido modulando mi existencia y ellos han hecho que entrara a formar parte de una más que enriquecedora familia de escritores, amigos, editores, periodistas, librerías, lectores, profesores.

Ellos, esos seres de ficción, me han traído aquí esta tarde. Sí. Escribir es volver a casa. Y les aseguro que ninguna casa puede ser más acogedora y más habitable que la que se levanta en la tierra propia y sobre los pilares del conocimiento y la razón. Agradezco nuevamente vuestra generosidad. Agradezco que me hagáis uno de los vuestros, que me acojáis. El viaje continúa.

“En los sueños comienzan las responsabilidades”, escribió Yeats. Mi responsabilidad, no lo dudéis, será la de ser digno del honor que me hacéis. Gracias.

Antonio Soler